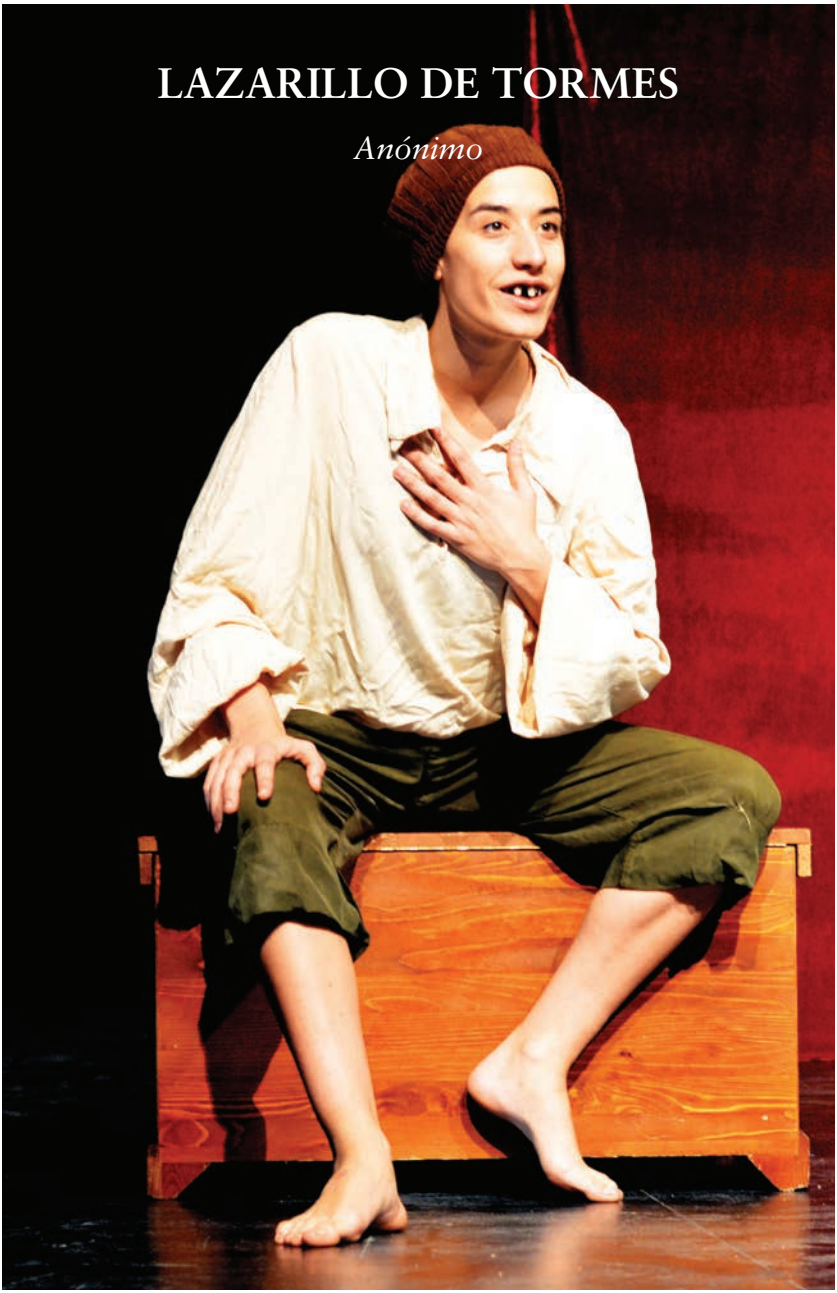
LAZARILLO DE TORMES

Anónimo



PRÓLOGO DEL AUTOR

Yo tengo por bueno que cosas tan destacadas, y por ventura nunca oídas ni vistas, sean conocidas de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea encuentre algo que le agrade, y a los que no ahonden tanto los entretenga. Y a este propósito dice Plinio[1] que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; sobre todo que no todo el mundo tiene el mismo gusto, y lo que algunos no comerían, otros se desviven por comerlo. Y así vemos cosas tenidas en alta estima por unos que otros desprecian. Y esto hace que ninguna historia se debiera despreciar, a no ser que muy detestable fuese, más bien al contrario, a todos habría de comunicarse, sobre todo porque no causa perjuicio y siempre se puede sacar de ella cosa provechosa. Si así no fuese, muy pocos escribirían para sí mismos, pues no se hace sin trabajo, y ya que trabajan en ello quieren ser recompensados, no con dineros, mas con que lean sus obras y, si hay motivo, que se las alaben. Y, a este propósito, dice Tulio[2]: «La honra cría las artes».[3]

¿Quién puede pensar que el soldado que escala primero para asaltar una fortaleza, aborrece la vida más que los otros? No por cierto; pero es el deseo de alabanza el que le hace ponerse en peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Hay buenos predicadores que desean mucho el provecho de las ánimas; mas pregúntenle si no le gusta cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!». El señor don Fulano lucho muy mal en un torneo, y dio el sayete de armas[4] al truhán, que le alabó al

---

1 Plinio el joven. Escritor latino, siglo I d.C.

2 Se refiere a Cicerón, el famoso orador romano que vivió en el siglo I a.C.

3 Es decir que la búsqueda de gloria es lo que motiva a los artistas a trabajar, y no tanto el dinero.

4 Prenda a modo de chaleco rígido que se llevaba debajo de la cota.

decirle que había manejado muy bien las lanzas: ¿qué no habría hecho si hubiese sido verdad?

Y todo va de esta manera: confieso yo no ser más santo que mis vecinos, y que esta obra que en este humilde estilo escribo, no tiene mucho valor. Aunque no me pesará si se divierten todos los que en ella algún gusto hallen, y vean como vive un hombre con tantas desgracias, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mejor si su capacidad y deseo se correspondiesen. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso[5] muy por extenso, pareciéndome bien no tomarle por el medio, sino desde el principio, para que se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que nacieron nobles y ricos que poco hicieron en esta vida, y cuánto más hicieron los que, aun naciendo sin nada, con fuerza y maña remando, llegaron a buen puerto.

[5] El «caso» parece ser la relación adúltera que mantienen al final de la obra, la mujer de Lázaro y su último amo, el arcipreste de San Salvador. Una relación consentida por el propio Lázaro, aunque negada furiosamente ante la sociedad, con el fin de preservar su honra y apariencia de respetabilidad.

TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU NACIMIENTO Y DE QUIÉN FUE HIJO

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares[6], aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, de donde tomé el sobrenombre; y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía a su cargo un molino de agua que está en la ribera de aquel río, en el cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en el molino, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Siendo yo niño de ocho años, acusaron a mi padre de ciertas faltas en los costales de trigo que llevaban allí a moler, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que en gloria esté, pues el Evangelio los llama bienaventurados[7]. En este tiempo se reclutó una armada contra los moros, entre los cuales fue mi padre (que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho), con cargo de acemilero[8] de un caballero que allá fue. Y perdió la vida en ella con su señor, como criado.

Mi viuda madre, como se vio sin marido y sin abrigo, decidió arrimarse a los buenos para ser como uno de ellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del

---

[6] Tejares era en la época una pequeña aldea de apenas treinta vecinos.

[7] Parodia del texto bíblico: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo, 5, 10). En la Biblia «persecución de la justicia» quiere decir persecución por ser justos, mientras que el padre de Lázaro robaba.

[8] *acemilero*: el que está a cargo del cuidado de las mulas de carga.

comendador[9] de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno[10] de aquellos que cuidaban las bestias comenzaron a tener trato carnal. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta haciendo ver que quería comprar huevos, y entraba en casa. A mí, al principio de su llegada, me disgustaba su presencia y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; pero cuando vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños con que calentarnos.

De manera que, con tanta visita, mi madre vino a darme un hermano negrito muy bonito, al que yo brincaba en mis rodillas. Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro jugando con el chico, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Y su padre respondió riendo:

—¡Hideputa![11]

Yo, aunque aún niño, noté el miedo de mi hermanico, y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra mala suerte que la relación del negro Zaide, que así se llamaba, con mi madre llegó a oídos del mayordomo del comendador, y, hecha pesquisa, hallose que hurtaba un cuarto de la cebada que para las bestias le daban, y también, leña, almohazas[12],

---

[9] El «comendador» era un caballero de una orden militar al que correspondía una «encomienda» con rentas eclesiásticas.

[10] *moreno*: eufemismo de negro

[11] *hideputa*: hijo de puta, aunque se entiende en su uso admirativo y cariñoso. Algunos estudiosos, dada la cantidad de múltiples dobles sentidos de la obra, afirman que hay una alusión a la posible profesión de la madre de Lázaro.

[12] *almohaza*: instrumento de hierro provisto de un mango de madera con que se limpia a los caballos.

mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos; y, cuando otra cosa no tenía, desherraba las bestias, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. Si no nos maravillamos de que un clérigo hurte a los pobres fieles o un fraile del convento para sus devotas[13] y para su descendencia, no hemos de extrañarnos de que a un pobre esclavo el amor le animara a esto.

Y probósele cuanto digo, y aún más; porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía con miedo: hasta llegué a contar como vendí ciertas herraduras por mandado de mi madre a un herrero.

Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron[14], y a mi madre impusieron la pena de recibir cien azotes y que no volviese a entrar en casa del comendador ni volviese a ver al lastimado negro Zaide.

Por no echar la soga tras el caldero[15], la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir en el mesón de La Solana; y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y yo hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo serviría para guiarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, contándole que era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la batalla de los Gelves[16], y que ella confiaba en Dios que no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y guiar a mi nuevo y viejo amo.

---

[13] Devotas se usa aquí con doble sentido: por un lado, como fieles, por otro como mancebas o amantes.

[14] Atormentaron pringándole con grasa las heridas.

[15] Refrán que significa: por no perder más de lo que se ha perdido.

[16] Expedición de Fernando el Católico en 1510 contra los moros en Túnez. O puede que otra emprendida en 1525 (ver Aproximación a Lazarillo de Tormes)

Me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, contándole que era hijo de un buen hombre...

Estuvimos en Salamanca algunos días, y pareciéndole a mi amo que no ganaba bastante, determinó irse de allí; y cuando tuvimos que partir, yo fui a despedirme de mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti mismo.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y, llegando al puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, acerca el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente me acerqué, creyendo ser así. Y cuando sintió que tenía la cabeza cerca de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende, que el mozo de ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rio mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo estoy, y he de pensar cómo valerme por mí mismo».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me enseñó la jerigonza[17]. Y, como me viese de buen ingenio, holgábase[18] mucho y decía:

—Yo ni oro ni plata te puedo dar; pero consejos para vivir muchos te daré.

Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y adiestró en la carrera de vivir.

Me complazco en contar a Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud hay en ganarse la vida desde abajo, y cuánto vicio en perderla habiendo nacido de alto copete.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que, desde que Dios creó el mundo, ningún hombre ha habido más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila: ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; ponía un rostro humilde y devoto cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes[19] con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Además, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían; para las que estaban de parto; para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas si traían hijo o hija. Y en cuestiones de medicina decía que Galeno[20] no supo la mitad que él para muelas, desmayos y males de madre[21]. En fin que daba remedios para cualquier padecimiento:

---

17 Jerga de malhechores y vagabundos para no ser entendidos fuera de su círculo. Lenguaje de germanía.

18 «Divertirse, entretenerse con gusto en una cosa» (DRAE)

19 «Movimiento anormal del rostro por vicio o enfermedad»(DRAE)

20 Galeno fue un famoso médico griego del siglo II. Sus ideas dominaron la medicina europea a lo largo de más de mil años.

21 Enfermedades de la matriz.

—Haced esto, haréis esto otro, coged tal yerba, tomad tal raíz.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Pero también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre vi; tanto, que me mataba a mí de hambre, que no me daba de comer ni la mitad de lo que necesitaba. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces hubiese muerto de hambre; mas, con todo su saber, le engañaba de tal suerte que siempre, o las más veces, me llevaba lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no en todas salí bien parado.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardo de tela, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y metía todas las cosas y las sacaba con tanta vigilancia y contándolo todo tanto, que nadie hubiera sido capaz a quitarle una migaja. Yo tomaba aquella miseria que él me daba, y en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entretenido en otras cosas, descosíale una costura de un lado del fardo y sangraba[22] el avariento saco, sacando buenos pedazos de pan, torreznos y longaniza; y luego tornaba a coserlo. Y así, buscaba yo los momentos para repetir, no el engaño, sino para remediar la endiablada falta de alimento en la que el ciego me tenía.

Todo lo que le podía sisar y hurtar yo lo llevaba en medias blancas[23], porque, cuando le mandaban rezar, le daban blancas y como él carecía de vista, apenas había el que se la daba soltado la moneda, cuando yo la cogía al vuelo y me la metía en la boca y la cambiaba por una media blanca que traía preparada, que, por

[22] *Sangrar*: hurtar, sisar.

[23] La media blanca era una moneda de ínfimo valor. Era una moneda de vellón (aleación de cobre y plata). Dos medias blancas hacían una blanca, y a su vez, dos blancas equivalían a un maravedí.

muy presto que él pusiera la mano yo ya había hecho el cambio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que, después que conmigo estás, no me dan sino medias blancas, y antes una blanca y un maravedí muchas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

Pero, igual que yo hacía con las monedas, él también abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía ordenado que, en cuanto se fuese el que le mandaba rezar, le estirase de la capa. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces diciendo:

—¿Mandan rezar tal y tal oración? —como suelen decir.

Cuando comíamos, solía tener junto a él un jarrillo de vino. Yo enseguida lo agarraba y le daba un par de besos callados[24] y tornábale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, de manera que no soltaba el jarro y lo tenía por el asa bien asido. Mas yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, metiéndola en la boca del jarro, chupaba el vino y lo dejaba a buenas noches[25]. Pero, como el traidor era tan astuto, parece que lo sintió, y a partir de entonces, asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba acostumbrado al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, decidí el suelo del jarro hacerle un agujero sutil, a modo de fuentecilla y, delicadamente, con un poco de cera, taparlo; y, al tiempo de comer, fingiendo tener frío, sentábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la lumbre que teníamos, y, al calor de ella se derretía la cera, por ser muy poca, y comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobre iba a beber, no hallaba nada. Maldecía el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

---

[24] *un par de besos callados*: un par de tragos.
[25] *Dejar a buenas noches*: dejarlo vacío.

—No diréis, tío[26], que os lo bebo yo —decía—, pues no le soltáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego al día siguiente, no pensando que el mal ciego lo sabía ni el daño que me iba a llegar, sentéme como solía; y estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora era el momento de tomar su venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su fuerza, de manera que el pobre Lázaro, que no se esperaba nada de esto, al contrario, como otras veces, estaba descuidado y gozoso… así que, verdaderamente, me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor…

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy en día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había divertido con el cruel castigo. Lavóme con vino las heridas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

—¿Qué te parece Lázaro? El vino que te enfermó, te cura y da salud —y otras bromas que a mi gusto no lo eran.

[26] *tío*: en el diccionario de Covarrubias (1611), se dice que así se llamaba a los hombres de edad madura en los lugares rústicos.

Cuando estuve medio bueno de los cardenales, consideré que, si me daba otra paliza igual el cruel ciego me mataría, así que pensé librarme de él; mas no lo hice tan presto, por hacerlo más a mi provecho. Porque, aunque yo quisiera perdonarle el jarrazo, el mal ciego seguía con el maltratamiento, y sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y arrancándome los pelos.

Y si alguien le preguntaba por qué me trataba tan mal, él contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Pensarán que este mi mozo es algún inocente? Pues escuchen si el demonio es capaz de tal hazaña.

Santiguándose los que lo oían, decían:

—¡Quién pudiera pensar de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho el artificio[27] y decíanle:

—¡Castigadlo, castigadlo, que Dios os lo recompensará!

Y él, animado con aquellos comentarios, nunca otra cosa hacía.

Así que yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por hacerle mal y daño; si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que, aunque yo también pasaba penas las daba por bien sufridas porque él padecía más que yo…. Por eso, siempre con la punta del tiento[28] me daba en el cogote, el cual siempre traía lleno de chichones y pelado de sus estirones. Y, aunque yo le juraba no hacerlo por malicia, sino por no hallar mejor camino, no me creía, tal era la inteligencia y el grandísimo entendimiento del traidor.

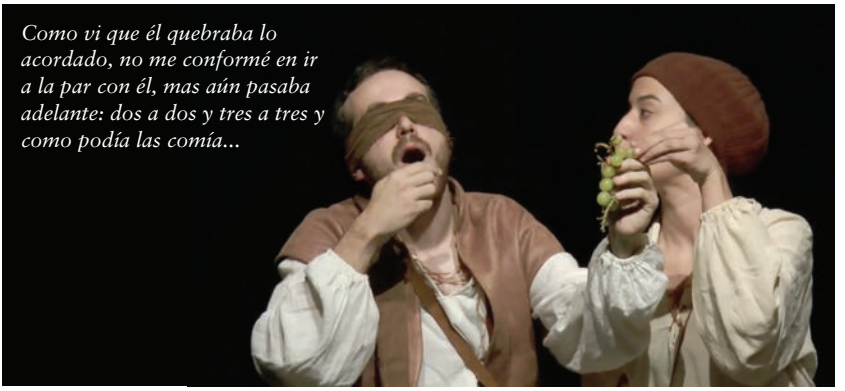
Y porque vea Vuestra Merced cuán grande era el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de los muchos que con él me acaecieron, en el cual se podrá ver su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, quiso venir a tierra de Toledo, donde afirmaba que la gente era más rica, aunque poco dada a limosnas. Solía decir

[27] Con «artificio» se refiere aquí a la maña de Lázaro de hacer un agujerito en el jarro.
[28] Bastón.

este refrán: «Más da el duro que el desnudo».[29] Y vinimos por las mejores villas. Deteníamonos, donde hallaba buena acogida y ganancia, donde no, al tercer día hacíamos San Juan[30].

Acaeció que, llegando a un pueblo que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de ellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Al echarlo en el fardo, tornábase mosto, y lo pringaría todo. Resolvió, entonces, de hacer un banquete, por no poder llevarlo y por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un vallado del camino y dijo:

—Ahora quiero ser generoso contigo, así que ambos comeremos este racimo de uvas y tendrás tanta parte como yo. Lo partiremos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.



Como vi que él quebraba lo acordado, no me conformé en ir a la par con él, mas aún pasaba adelante: dos a dos y tres a tres y como podía las comía...

[29] Este refrán quiere decir que da más limosna el tacaño, si tiene dinero, que el que nada tiene por más caritativo que sea. Cervantes en su Novela ejemplar: El *coloquio de los perros* da la opinión contraria por boca de Berganza y afirma que antes dará el caritativo, aunque sea pobre que el tacaño: «… porque no hay mayor ni mejor bolsa que la de la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y así, no estoy bien con aquel refrán que dice: "Más da el duro que el desnudo", como si el duro y avaro diera algo, como lo da el liberal desnudo, que, en efecto, da el buen deseo cuando más no tiene…»

[30] *hacíamos un San Juan*: nos marchábamos. «Ambas frases se explican por la costumbre añeja de efectuar los contratos de gañanes y mozos los días de San Juan y por San Pedro.» (*La vida de Lazarillo de Tormes*. Ed. Antonio Rey Hazas. Madrid, 2011, p. 75.)